

para investigar aspectos similares de la edición de izquierda, como los referentes a la prensa, a las revistas (como *Alternativa* de la década de los años setenta), a las editoriales de otras ciudades y de otras épocas, a las publicaciones partidistas (como las del Partido Comunista Colombiano, por ejemplo) y algunos temas similares. Esperemos que la labor iniciada por Juan Guillermo Gómez García sea continuada por otros investigadores, que tengan en mente el proyecto de demostrar que en nuestra historia la izquierda ha sido algo más que una convidada de piedra, que sus acciones han ido más allá del sectarismo, el dogmatismo y la intolerancia —conductas que desde luego han existido y se mantienen en algunos sectores—, y, finalmente, que ha contribuido a perfilar nuevos horizontes culturales y políticos para nuestro país.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor Titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Un gran aporte a la historiografía

Los guajiros: “Hijos de Dios y de la Constitución”. Una travesía hacia la conquista espiritual de los wayúu

Vladimir Daza Villar

Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y de las Artes de la Guajira, Convocatoria, Riohacha, 2005, 118 págs.

La presentación le sirve de pretexto al autor para definir el sentido del vocablo “desierto”, que era utilizado a comienzos del siglo xx por los encargados de las Misiones evangelizadoras y los programas de Instrucción como “grandes territorios vacíos de civilización andina y católica” (pág. 15). Esto le permite realizar una crítica historiográfica mediante la cual muestra que —en Colombia— el énfasis en los estudios acerca de la “colonización” se han cen-

trado en el caso de los antioqueños y han descuidado inmensas porciones de Colombia que sufrieron otro tipo de procesos tal y como ocurrió en la Amazonia, los llanos orientales, la región costera del Pacífico, la Guajira y otras porciones del territorio. El llamado de atención sobre estos últimos procesos se hace mostrando los diversos estudios existentes acerca de regiones que han sido catalogadas como “de frontera”, concepto que no aparece expresamente definido pero que se refiere a aquellos territorios que experimentaron un tardío “proceso de colombianización”. Este es el juego historiográfico que le permite al profesor Daza realizar un “estado del arte” acerca de los estudios de las comunidades wayúu, que evidencia principalmente el estudio de la “resistencia” de los habitantes de la Guajira a los intentos de control por parte del Estado colonial en el siglo xviii. Se trata, como muy bien lo muestra el autor, de estudios que se orientaron principalmente al seguimiento de prácticas comerciales conocidas desde aquella época como contrabandísticas.



Para superar la limitación que parece ofrecer la historiografía colonial acerca del estudio de comunidades habitantes en las fronteras del Nuevo Reino de Granada, el profesor Daza aborda la historiografía extranjera enfocada a los estudios de “frontera” y de “misiones” en California y en Bolivia, que conforman el corpus historiográfico de la llamada “New Mission History” que se

fundamenta en el análisis discursivo de los textos producidos por autoridades civiles, misioneros y pueblos indígenas, y que se convierten en una guía metodológica al permitirle descubrir “que las misiones fueron mucho más que avanzadas religiosas”, pues mostraron “la enorme fragilidad del control colonial sobre las fronteras españolas y la perdurabilidad de las comunidades indígenas”¹. Los aportes de este tipo de visión, que muestran la capacidad de supervivencia de las comunidades indígenas, permiten que el autor invite a que el estudio de tales comunidades no sea hecho “desde la dicotomía conversión-resistencia”, sino desde una reflexión “desde la Semiología Histórica sobre el discurso indio o la discursividad subalterna, ya no pues desde una perspectiva etnocentrista cifrada en el etnógrafo sino en el reflejado por el sustrato indígena” (págs. 17-18).



Es la consulta de la bibliografía internacional especializada en el tema lo que le permite al historiador Daza encontrar su objeto de estudio, pues siguiendo las orientaciones de Robert H. Jackson y Erick D. Langer acerca de las misiones en el periodo colonial y republicano, acepta la necesidad de estudiar “las instituciones de la frontera durante el siglo xix, con el fin de detectar las políticas cambiantes del Estado Republicano hacia los indígenas”². Esto lo lleva a una búsqueda de la historiografía colombiana acerca de las misiones en el territorio de la Guajira que le muestran los pocos estu-

dios existentes sobre el tema. Este vacío permite plantear su propuesta de investigación: “analizar las amplias estrategias culturales, sociales y políticas utilizadas por la Iglesia a través de los orfanatos —internados— indígenas y el Estado colombiano en la región para integrar a La Guajira a la Nación” (pág. 19), propuesta que se inscribe dentro de los estudios internacionales sobre el tema que muestra que en América Latina se siguió un proceso similar al señalado por Enrique Florescano para México, quien muestra que “el proyecto del Estado-Nación era ‘uniformar la diversidad social y las múltiples mentalidades e imaginarios que la expresaban’³ a través del sistema educativo, de las representaciones del museo y de la ‘revolución cultural’ liberal republicana” (pág. 19).



Con estas referencias teóricas y metodológicas, el profesor Daza desarrolla su estudio de las misiones en la Guajira colombiana mostrando a “la misión” como la más importante institución colonial de la frontera, importancia que se pierde a partir de la independencia y de la paulatina implementación del Estado republicano, que se desarrolló no solamente en medio del conflicto entre liberales y conservadores, sino —especialmente— en la confrontación entre el Estado laico y la Iglesia católica, que llevó a que la comunidad encargada de la “conversión” de los indios, los capuchinos, saliera del país. Un seguimiento de la documentación oficial sobre el tema

muestra que la “conquista espiritual” de los indígenas de la zona era un rotundo fracaso a pesar del empeño que inicialmente ponían los curas misioneros, debido quizá al poco apoyo oficial, lo que muestra un enorme retroceso frente a las políticas que siguió el antiguo Estado colonial.



La situación pareció cambiar a finales del siglo XIX y comienzos del XX, a raíz de la firma del Concordato con la Santa Sede, que llevó a que el Estado considerara “a las misiones ‘una de las mayores fuerzas de penetración [...] en todo tiempo’ para someter a los indígenas” (pág. 22), consideración que permite al autor señalar que fue con “instituciones antimodernas y de origen colonial que el Estado colombiano comenzó [a] integrar sus fronteras, como la Guajira, a la nación colombiana” (pág. 23).

En el segundo capítulo de su obra, el profesor Daza nos ofrece una visión precisa del proceso histórico de las misiones en la Guajira desde el periodo colonial, partiendo de una atractiva afirmación para quienes hemos estudiado la resistencia indígena en algunas regiones del país: “La historia de las Misiones Capuchinas en la Guajira es la historia de la resistencia indígena de los wayúu y de la frontera” (pág. 25) y en coherencia con esta afirmación, inicia un relato histórico en el que muestra cómo estas misiones se iniciaron por orden de Carlos II, quien en 1694 envió nueve capuchinos y un lego a la provincia de Valencia, situando su

primera casa de misión en San Nicolás de los Menores en la Goajira. Rebeliones indígenas ocurridas en 1701 llevaron a que en 1715 el obispo de Santa Marta, don Antonio Monroy y Meneses, señalara la importancia de evangelizar a estos indios no para que se alimentaran con el pasto espiritual, sino para controlar la extracción de las perlas, como muy bien lo especifica el autor. Una nueva oleada de misioneros penetró a la zona a partir de 1617 y fueron paulatinamente integrando estos territorios a los espacios controlados por las instituciones coloniales, hasta que una nueva y violenta rebelión ocurrida en 1769 llevó a que los guajiros mantuvieran una relativa autonomía frente a los blancos y a las misiones católicas, la que se prolongó hasta finales del siglo XIX. Esto hizo que para comienzos del siglo XX el padre Eugenio de Valencia denunciara que:

cerca de cien años había transcurrido sin que el culto católico se manifestase en las sabanas de la región Guajira y Sierra Nevada, miles de indios denominados Guajiros unos, Arhuacos y Motilonos otros, vagaban por aquellas extensas regiones como ovejas sin pastor en la más brutal gentilidad y salvajismo⁴.



De todas maneras, la investigación deja ver como durante el siglo XIX se desarrollaron procesos misioneros en la región que se estudia, los cuales son presentados por el autor en dos etapas: la primera se sitúa entre 1868 y

1880, y la segunda entre 1888 y 1890, periodos muy cortos, al parecer sin mayor impacto social, pues estuvieron restringidos, el primero a una iglesia en Riohacha, y el segundo a una “pequeña iglesia” en Marahuyén, que decayó rápidamente. El fracaso se explica, según el autor, como debido al bajo apoyo económico del Estado colombiano, a la frugalidad de la dieta alimenticia a la que debieron someterse los misioneros y a las difíciles condiciones climáticas de la zona, las cuales llevaron a que los misioneros fueran muriendo en forma relativamente acelerada. La situación condujo a finales del siglo a que sólo se mantuviera en la casa de Riohacha, que debió sufrir a comienzos del siglo xx las consecuencias de la guerra de los Mil Días, lo que obligó a los misioneros capuchinos a refugiarse en Venezuela.



La paz, iniciada a partir de 1903, marcó un nuevo ciclo para las misiones, pues la ley 39 de aquel año, sobre Instrucción Pública, consagró que la educación nacional se organizaba de acuerdo con los dogmas de la religión católica. Esto permitió que hasta 1916 los capuchinos instalaran dieciséis escuelas para los indígenas, quienes por su asistencia a ella fueron calificados como “niños civilizados”.

El establecimiento de estas escuelas le permite al autor señalar un cambio en el objeto de las misiones, debido a la decepción de los capuchinos por su labor evangelizadora al considerar que “los guajiros eran refractarios a la civilización”. El

cambio se evidenció cuando el vicario religioso y el inspector escolar del territorio de la Guajira, Sierra Nevada y Motilones, se propusieron buscar “nuevas estrategias de conquista de los rebeldes wayúu”, y las encontraron, precisamente, en el aparato educativo (pág. 30). Los resultados de esta estrategia se orientaron también al campo de la educación femenina, pues lograron que Las Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia fundaran en Riohacha en 1905 el Colegio de la Sagrada Familia y se encargaran de los orfanatos para niñas en Riohacha. Este cambio es señalado por el autor en la siguiente forma:

Los misioneros [...] dividieron las instituciones escolares en Orfanatos para los niños indígenas que vivían en las ‘regiones incultas de la Goajira’ y en escuelas de primaria y secundaria para los niños civilizados de los pueblos. Se trataba de atraer a la prédica católica a los habitantes de las regiones más atrasadas de la Goajira como Soldado (Calabacito) y Carrizal ‘que viven sin Dios y sin ley’. [págs. 30-31]

Como muy bien lo muestra el profesor Daza, los orfanatos fueron la mejor estrategia lograda por los capuchinos para buscar la conversión de los indígenas. La táctica que sustentaba esta estrategia no era nueva, pues desde el periodo colonial algún comandante militar había señalado la necesidad de “coger a todos los chinitos hasta de diez años y mandarlos al Río de el hacha para que abracen la santa fe católica”, y en 1880 el prefecto de la provincia había indicado que la mejor edad para la catequización era la anterior a los siete años, debido a que a partir de ella los niños adquirían “cierto orgullo por su cultura y costumbres”. De esta manera, el Estado colombiano, apoyado por los misioneros, buscaba quebrar culturalmente a los wayúu, “una tribu altanera que aún conserva sus primitivas costumbres y todavía se cree dueña de absoluta independencia” (pág. 33).

Los fines políticos de esto no escaparon al autor, quien muestra que todo obedecía a la necesidad de controlar unos territorios fronterizos donde se insinuaba la posibilidad de crear “la República del Zulía”, compuesta por los territorios de Guajira, Cúcuta y Maracaibo, un proyecto aparentemente apoyado por los Estados Unidos, según denunciara años después algún periódico del interior. Esto hizo que el establecimiento de los orfanatos fuera considerado una misión religiosa y, al mismo tiempo, patriótica; lo curioso es que de sacarla adelante se encargaron misioneros extranjeros en su mayoría, quienes ya habían experimentado el asunto en África y Oceanía (pág. 35).



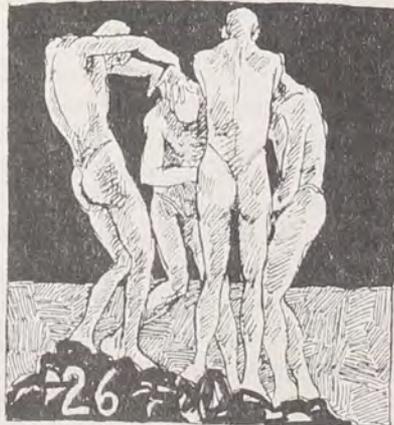
Los orfanatos fueron en realidad construcciones modestas en los que se alojaban a niños y niñas efectivamente huérfanos o hijos de indígenas “rebeldes o paganos”; estaban situados en sitios cercanos a las rancharías y que contaran con algunos recursos tales como el agua o la fertilidad de los suelos. Pero el autor señala que a pesar del importante número de establecimientos y de la cantidad de niños y niñas indígenas que acogieron, los misioneros y misioneras no lograban vencer la persistente resistencia cultural de los wayúu, quienes acogían los programas de instrucción pero se negaban a aceptar la catequización, negativa que puso en crisis el proyecto a partir de 1924, cuando los capuchinos amenazaban con renunciar al no ver los frutos de su trabajo religioso; al parecer, los mayores lo-

gros los obtuvieron al hacer que los indígenas vinculados a sus instituciones cambiaran sus bellos trajes tradicionales por "el alba vestidura del bautismo" (pág. 40). A pesar de las dificultades, los orfanatos se mantuvieron y desarrollaron sus labores aculturadoras: el olvido de la lengua, de la magia y la medicina tradicional, de los vestidos y, lo más importante, el cambio del manejo del tiempo cultural tradicional por el tiempo disciplinado de la escuela. Y aunque el autor reconoce la dificultad para acceder a información que diera luces acerca de la cotidianidad en el interior de estas instituciones, sí nos ofrece una idea clara de la labor patriótica que se hacía mediante la instrucción pública, cuyo pénsun, no muestra nada práctico para la vida comunitaria tradicional: lectura, doctrina, historia patria, geografía de Colombia, historia sagrada, instrucción cívica, canto, algo de gramática española y las operaciones básicas en matemáticas. Esta labor se combinaba con algo de labores prácticas en agricultura occidental y con trabajos de bordado y encaje. Todo apuntaba, como lo muestra el autor, a "la tarea fundamental de quebrar los principales fundamentos de la cultura wayúu cuyo eje fundamental era el principio de reciprocidad", complementado con el parentesco. Este último aspecto cultural buscaron controlarlo los curas mediante la implantación entre los indígenas del matrimonio monogámico católico (pág. 48).

Aparte del estudio institucional de las misiones, el profesor Daza muestra otras estrategias seguidas por el Estado para lograr el control efectivo de la frontera. Se refiere el autor a un manejo sutil del lenguaje que introducía "valores de los blancos"; a la creación de la intendencia de la Guajira como un espacio político administrativo colombiano frente al estado vecino de Venezuela; al establecimiento de comités encargados de impartir justicia en el cual existía una representación de las comunidades indígenas para que olvidaran la justicia por "propia mano"; a la presencia de militares que controlaran

los puertos, aunque se cuida de señalar que la presencia militar no tuvo la dimensión de la utilizada en otros tipos de frontera; a una nueva política de poblamiento que incluía colonias agrícolas y militares, pueblos de mestizos, cambios de nombres de los sitios poblados que hicieran olvidar los tradicionales y recordaran los de los blancos, etc.

Una parte, a mi parecer importante de esta investigación, es la referida a la organización comunitaria indígena que hacía imposible el control militar de la zona. De un lado estaban unos pocos pueblos y corregimientos que contaban a su alrededor con un número importante de rancherías dirigidas por "caporales", término que al parecer se refiere a los caciques indígenas. Esto da una idea de lo extenso del territorio y la dificultad de su control, que obligó al desarrollo de propuestas que integraran autoridades "blancas" indígenas, táctica que ya había mostrado sus frutos cuando los misioneros capuchinos entraban a las comunidades buscando el apoyo de las autoridades étnicas. Esto se unió con un proceso de "colombianización" que cimentaba el proceso de aculturación que se estaba dando y que llevó a que los guajiros fueran vistos como "hijos de la Constitución" y por lo tanto como compatriotas, una política que buscaba impedir los "enganches" de indígenas hacia las haciendas de Venezuela que necesitaban mano de obra barata para sostener su creciente industria petrolera.



Toda esta investigación muestra, en términos relativos, los éxitos y los fracasos de las misiones en la Guajira, lo que es bien explicado en las conclusiones. Sin embargo, me quedan dudas acerca de los éxitos que lograron algunos comerciantes al conseguir de alguna manera la mano de obra indígena, o sobre los "enganches" de guajiros para las haciendas venezolanas que, como lo afirma el autor, los convirtió en mano de obra de tercera categoría. Lo anterior, que no es el objetivo de esta investigación, amerita un nuevo proceso de búsqueda de explicaciones que nos muestren las diferencias de métodos que utilizaron los comerciantes frente a los de los misioneros, algo que apenas se insinúa.



Creo que el libro reseñado es un importante aporte a la historia de regiones que han permanecido en la marginalidad historiográfica, quizá por ser de frontera y, por lo mismo, sujetas a un lento proceso de incorporación a la sociedad colombiana, quizá por no explicar los grandes hechos históricos de la construcción del poder en Colombia, que sólo son vistos desde los espacios de acción de la elite bogotana, o quizá porque a su población no se le considere un aporte significativo a la noción de nación que manejamos muchos historiadores. Como quiera que sea, este libro constituye un aporte valioso al estudio de la persistencia, la resistencia y la pervivencia de culturas que muestran la diversidad regional y étnica colombiana. Y lo es por las fuentes que utiliza y por el

uso que hace de ellas, al convertir los documentos oficiales e institucionales en fuentes que muestran el accionar histórico de gentes que se resisten a ser vencidas por las culturas occidentales hegemónicas. Y lo es, también, por la propuesta de utilizar las fotografías como fuentes para la reconstrucción y la explicación de procesos históricos importantes para nuestro presente. Esto me permite destacar que la propuesta metodológica del profesor Daza fue consecuentemente desarrollada.



Además, la bibliografía utilizada muestra la conveniencia de la comparación de estudios históricos. En efecto, el profesor Daza recurre a una serie de estudios históricos regionales, tanto de lo que hoy es Colombia como de otros países, para orientar su búsqueda de fuentes, establecer las diferencias y similitudes entre estudios sobre frontera y misiones, y clarificar sus propuestas teóricas y metodológicas. En este punto, creo que debo señalar la ausencia de dos textos que considero fundamentales en un estudio de este tipo: el de Víctor Daniel Bonilla, *Siervos de Dios y amos de indios. El Estado y la misión capuchina en el Putumayo*, Tercer Mundo, Bogotá, 1968 y Jorge Villegas Arango y Fernando Botero Herrera: "Putumayo: indígenas, caucho y sangre", en Cuadernos Colombianos, Medellín, vol. 3, núm. 12, Bogotá, marzo de 1979 y, aunque no puede ser un reclamo porque lo conocen muy pocos historiadores, mi artículo titulado: "La política de colombianización de sal-

vajes: El caso huitoto", en Palabra, Popayán, núms. 3-4, Universidad del Cauca, febrero-julio 1987.

ALONSO VALENCIA LLANO
Centro de Estudios Regionales,
Región
Profesor
Universidad del Valle

1. Cita de Cynthia Radding, "Comunidades en conflicto. Espacios políticos en las fronteras misionales del noroeste de México y el oriente de Bolivia", en *Desacatos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, otoño-invierno 2002, núm. 10, págs. 48-76.
2. Erick D. Langer y Robert H. Jackson, "Colonial and Republican Missions Compared: The Cases of Alta California and Southeastern Bolivia", en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 30, núm. 2, abril, 1988, págs. 286-311.
3. Enrique Florescano, "Etnia vs. Nación", en *Nexos*, México, vol. XXII, núm. 258, junio 1999, pág. 61.
4. Eugenio de Valencia, *Historia de la Misión Guajira, Sierra Nevada y Motilones, Colombia (América)*, Valencia, Imprenta de Antonio López y Comp., 1914, pág. 1.

La fotografía contribuye a la historia



Los guajiros: "Hijos de Dios y de la Constitución". Una travesía hacia la conquista espiritual de los wayúu

Vladimir Daza Villar

Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y de las Artes de la Guajira, Riohacha, 2005, 118 págs.

El profesor Vladimir Daza Villar ha sido un incansable recorridor del país y del pasado para realizar sus investigaciones. Sin caminar un kilómetro físico del territorio, su análisis lo ha hecho a través de la máquina del tiempo representada en archivos y bibliotecas nacionales. *Los guajiros: "Hijos de Dios y de la Constitución"*, fue ganador de la convocatoria cuarenta años del de-

partamento de la Guajira, que ofreció este estímulo a la investigación en la modalidad de publicación de trabajos ya terminados.

El libro, de modo sencillo, busca realizar un panorama en el que se analice lo que el autor denomina la "travesía hacia la conquista espiritual de los wayúu". Las misiones católicas, el papel de la orden de los capuchinos en la catequización, la actitud de los caciques, capitanes y regidores y el impacto de toda la dominación religiosa entre los años 1890 y 1945, entre la mencionada comunidad indígena colombiana, reconstruyen esa transformación ideológica que se hizo con los niños wayúu a partir de los orfanatos.



La Guajira colombiana ha sido motivo de estudio por la antropología moderna en temas como el parentesco, la familia, el concubinato y la reciprocidad. Pero el libro de Daza Villar toca de modo específico el 'lavado cerebral' con creencias y concepciones religiosas distintas a las indígenas, y el orgullo y la rebelión conque la cultura que habita en la península caribe, no logra ser del todo dominada: "El adoctrinamiento católico fue central en la vida cotidiana de los orfelinatos wayúu. La 'clase de religión' era diaria y el domingo se realizaba un repaso de todo lo visto durante toda la semana. Según el vicario de la Goajira, 'antes y después de la comida rezan sus preces; por la tarde el santo rosario y antes de entregarse al sueño elevan al cielo su última plegaria'" (pág. 43).